

Ana Longoni, *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Buenos Aires, Grupo Norma, 2007, 220 páginas.

Fernanda Tocho

FAHCE

UNLP

El trabajo de Ana Longoni nos acerca a un tema complejo y movilizante de nuestra historia reciente y que ha sido poco abordado por la bibliografía académica de las últimas décadas. Me refiero al estigma de traición que pesa sobre los sobrevivientes víctimas de la represión y el secuestro en los campos de concentración durante la última dictadura militar, cuyo tratamiento ha quedado reducido a los textos escritos por los propios protagonistas de esta historia,(1) o por aquellos que desde una mirada impugnadora (acusatoria) reproducen esa imagen bajo formas supuestamente ficcionales.

En este libro la autora nos invita a pensar las razones y los efectos del ideario socialmente instalado a través del cual un desaparecido que reaparece se transforma automáticamente en traidor. Para comenzar a dar respuesta a estas cuestiones, Longoni analiza los vínculos entre el código ético que regía en las organizaciones armadas de los años '70 y su persistencia posterior en los parámetros que se emplean para impugnar a los sobrevivientes, y al mismo tiempo



y expansión de dicha condena. A su vez, ambas cuestiones serán abordadas en articulación con un problema que atraviesa los seis capítulos en que está organizado el libro y que constituye un marco de referencia para la comprensión de esta asociación entre sobrevivientes y traidores: la imposibilidad por parte de la sociedad de escuchar y aceptar el testimonio de los sobrevivientes.

Qué es lo que la sociedad y un círculo importante de militantes se niega a escuchar del testimonio de las víctimas constituye el tema central del primer capítulo, titulado *Sobrevivientes*. La respuesta al interrogante planteado será presentada a través de cinco hipótesis posibles que mencionaré brevemente. La primera gira en torno a la dificultad que presentan muchos familiares y organizaciones de derechos humanos para aceptar la espantosa verdad que los sobrevivientes enuncian: la idea de que la inmensa mayoría de los desaparecidos fue sistemáticamente asesinada.

La segunda hipótesis se relaciona con la construcción de la figura del desaparecido como víctima inocente y apolítica, primero, y como héroe mítico después. En el marco imperante de esta doble imagen las voces de los sobrevivientes resultan problemáticas en la medida en que señalan por un lado, la militancia política de muchas de las víctimas de la represión y su participación en organizaciones armadas, y por otro expresan un panorama mucho más complejo y contradictorio acerca de la experiencia sucedida que poco se acerca a la imagen del mito heroico. La autora señala que como resultado del ideario dominante del desaparecido como héroe, el sobreviviente a través de una oposición maniquea se vuelve la contracara del mismo: un traidor, posición ésta que borrona su condición de víctima.

La tercera hipótesis se deriva de la anterior en el sentido de que desde el persistente antagonismo entre héroes y traidores tampoco resultaban socialmente audibles (en el sentido de comprensibles) las estrategias que desplegaron algunos secuestrados para sobrevivir, recursos que los distancian del mito del héroe-mártir.

La cuarta hipótesis trata sobre la ausencia de un debate crítico acerca de la experiencia política setentista, demostrada en el rechazo social y en particular de algunos intelectuales y militantes a escuchar el balance personal y colectivo que los sobrevivientes realizan de su pasado político, balance que muchas veces toma una distancia crítica notoria de algunas concepciones y prácticas que lo sustentaron. De esta situación se deriva la quinta y última que refiere a la dificultad por parte de las dirigencias y círculos militantes de admitir y explicar la derrota del proyecto revolucionario en términos políticos. Esto encuentra su máxima expresión en la imagen de traición que recae sobre los sobrevivientes, lo que explicaría la derrota como producto de la delación,

Y precisamente la continuidad de esta lógica será analizada en el segundo capítulo, titulado Entre la ficción y el testimonio, donde el libro comienza a indagar sobre el papel cumplido por cierto tipo de literatura en cuanto a la reproducción de la condena a los sobrevivientes. Los textos elegidos sobre los que realiza su investigación son: *Recuerdo de la Muerte* de Miguel Bonasso escrito en 1983, *Los compañeros* de Rolo Diez publicado también en los '80 y *El fin de la Historia* de Liliana Heker de 1996.

Más allá de la temática común abordada por estos libros (última dictadura militar, campos de concentración y exterminio, desaparecidos y sobrevivientes), el criterio de la autora para la selección de estas tres obras radica en que comparten un estatuto de lectura ambiguo, entre la ficción y la realidad, dado que se basan en testimonios de sobrevivientes pero mediados y reelaborados por figuras autorales.

Cuál es el tratamiento y la posición de esta literatura acerca de la estigmatización del sobreviviente como traidor constituye el eje central de los cuatro capítulos siguientes. En *El estigma de la traición*, *Las traidoras como putas*, *El mandato sacrificial* y *Ética y literatura*, la autora analiza la asociación directa entre sobreviviente y traidor presente en los tres libros y articula dicha postura con los códigos de la militancia armada, los preceptos de heroicidad y sacrificio vigentes y su extrapolación tanto en la literatura como en la sociedad como criterios utilizados para entablar un juicio moral a los secuestrados aparecidos de la última dictadura militar.

A lo largo de su trabajo, Longoni dilucida la imagen propuesta por las tres novelas en donde salir vivo del campo, más que una hazaña o una burla al sistema concentracionario, convierte a los sobrevivientes automáticamente en traidores. Su (sobre)vida los condena. Así, la noción subyacente en esta literatura sería que frente a la enorme cantidad de desaparecidos, los pocos que sobrevivieron lo hicieron gracias a colaborar con los represores y delatar a sus compañeros.

Una vez analizadas dichas novelas, la autora critica la oposición maniquea entre héroe y traidor puesto que representa una visión simple y reduccionista de la experiencia límite que vivieron los militantes secuestrados y utiliza la noción de “zona gris” de Primo Levi para analizar y comprender la compleja y oscura realidad de los campos de concentración, con sus múltiples matices y contradicciones, los cuales quedan definidos como “*un espacio impreciso, un territorio desconocido, suspendido por fuera de las lógicas conocidas, de las identidades reconocibles*”.(2) De esta manera, sólo teniendo en cuenta la perversa rama de relaciones que se tejían en esa excepcional realidad, marcada por la cercanía entre represor y víctima, y la situación límite del desgaste psicológico y físico

de resistencia que llevaron a cabo los sobrevivientes. Justamente lo que, para la autora, ni Bonasso ni Heker realizan.

Siguiendo dentro de este marco, Longoni examina cómo a lo largo de estos relatos se deja de lado la importante consideración de la desigualdad en los vínculos entre víctima y victimario, siendo esta relación asimétrica un elemento fundamental a tener en cuenta para comprender que, aun cuando la “zona gris” plantea una extraña cercanía y convivencia entre secuestradores y víctimas, estas últimas no tienen nunca la posibilidad de elegir sino que las circunstancias les son impuestas absolutamente.

A su vez, la autora demuestra cómo en los textos de Heker y Bonasso se llega a asimilar toda estrategia de supervivencia con una posición de “traición”, “claudicación” y hasta “conversión” política del secuestrado hacia el bando opresor. Este hecho, además de poner en evidencia la imposibilidad de pensar en términos políticos la derrota que sufrieron en manos de la dictadura los proyectos revolucionarios, elude enfrentar un factor determinante: la efectividad de la tortura irrestricta como sistemático método para arrancar información a los prisioneros, aterrorizar y arrasar su condición humana.

A partir de esto, el libro se propone pensar la articulación entre el culto a la resistencia a la tortura y el mandato a sacrificar la vida en aras de la revolución presente en los códigos de la militancia armada con la estigmatización del sobreviviente como traidor reproducida en las novelas. Así lo plantea cuándo se pregunta “¿Hasta qué punto esta literatura propagó y colaboró en la naturalización de estos parámetros binarios héroe-traidor fuera de las organizaciones políticas, al grado de que incluso aquellos que nunca estuvieron sometidos a la tortura ni arrasados por las vejaciones del campo se sientan autorizados a intervenir en el juicio moral hacia los que atravesaron ese límite inescrutable?”.(3)

Otro valioso análisis que nos brinda la autora desde una perspectiva de género es el de las relaciones entre mujeres secuestradas y sus captores. Este tipo de historia ocupa un lugar importante en los textos de Bonasso y de Diez, y constituyen el núcleo central en la novela de Heker. Longoni señala que en esta literatura se emite una fuerte condena moral sobre las mujeres que mantuvieron un vínculo sexual con sus captores, ya que presentan dicha situación como parte de una estrategia voluntaria de las mujeres para salvar su vida a cualquier precio, y esto automáticamente las posiciona como traidoras. Una vez más en estos textos se cae en la lógica reduccionista del desaparecido como héroe y el sobreviviente como traidor, y se ve la realidad del campo de concentración sin grises, en vez de tomar en cuenta y analizar las oscuras y terribles condiciones en que las prisioneras se encontraban, arrasadas física y psicológicamente, y tal como la autora describe “...en condiciones de adversidad extrema, en las que el mundo

estructurado sus vidas se mostraba de golpe esquivo e imposible’.(4)

El mandato de resistir y no abandonar la lucha aun en medio de la debacle política era un tópico recurrente en las organizaciones revolucionarias. Así lo demuestra el ataque del ERP a Monte Chingolo y más aun la incomprensible operación montonera de 1979 conocida como la Contraofensiva. Esta imagen del sacrificio en pos de un ideal es la que lleva a pensar que sentir miedo, querer preservarse o salvar la vida, se experimente como signo de culpabilidad. Y es precisamente esta misma lógica la que, años después, sigue operando como trasfondo en la literatura mencionada y en la sociedad en el juicio que se cierne sobre los sobrevivientes: la suposición de una traición porque no dieron la vida, porque no corrieron la misma suerte que sus compañeros.

Como balance del análisis de los tres libros que la autora toma como fuente, los de Bonasso y Heker se presentan como los más intransigentes en la reproducción de la condena de traición extrapolando una “moral revolucionaria”. Longoni así lo explica cuando menciona que esta literatura se erige en tribunal y pone en el banquillo de los acusados a los sobrevivientes, interpelando incluso al lector a asumir una posición de impugnación o perdón sobre las víctimas, sin poder asumir que lo necesario sería fundamentalmente intentar comprender. Quizás el libro de Rolo Diez sea el que más se acerca a esto, al dejar abiertos ciertos interrogantes acerca de la responsabilidad que deberían asumir los propios militantes en cuanto a la derrota y el número terrible de víctimas que perdieron la vida: “*Hay una responsabilidad política que tenemos que asumir (...) Hay demasiados muertos de por medio y no podemos creer que no tenemos nada que ver con esas muertes*”.(5)

Traiciones es un libro que se adentra en un tema doloroso y difícil de tratar puesto que muchas de las heridas de la terrible experiencia que vivieron los sobrevivientes de la represión aun quedan abiertas, y tal como señala Ana Longoni, la literatura y algunos militantes e intelectuales de izquierda han contribuido mucho a esta situación al extender la imagen de traición que pesa sobre aquellos. Precisamente contra esto se posiciona la autora, quien no oculta la intención reparadora que tiene su libro dedicado a dos amigos, hijos de padres acusados de traición.

Invito a todos a leer este novedoso y valiente libro, y en especial a quienes lejos de conformarnos con una explicación reduccionista y acrítica de lo sucedido, intentamos comprender aquella experiencia traumática desde una perspectiva más amplia y fundamentalmente humana, que reconozca las contradicciones y múltiples matices que intervinieron en la oscura realidad de los campos de concentración, y que, al mismo tiempo, nos permita comenzar a aceptar críticamente los errores cometidos a lo largo de toda la experiencia setentista, sin por ello dejar de sostener muchos de los ideales defendidos.

(1) Entre los libros escritos por los sobrevivientes podemos mencionar los ensayos de Calveiro, Pilar. *Poder y desaparición*, Buenos Aires, Colihue, 1997, y *Política y/o violencia*, Buenos Aires, Norma, 2005; y los libros testimoniales de Gasparini, Juan. *Montoneros: final de cuentas*, Buenos Aires, de la Campana, 1999; Actis, Munú, Aldini Cristina, Lewin, Miriam y Tokar, Elisa. *Ese Infierno. Conversaciones de cinco mujeres sobrevivientes de la ESMA*, Buenos Aires, Sudamericana, 2001, entre otros

(2) Longoni, Ana, *Traiciones. La figura del traidor en los relatos acerca de los sobrevivientes de la represión*, Buenos Aires, Grupo Norma, 2007, p. 89

(3) *Ibídem*, p. 133

(4) *Ibídem*, p. 149

(5) *Ibídem*, p. 206